

STARCRRAFT

EN GUERRA

James Waugh

BILZARD
ENTERTAINMENT

Los zergueznos se cargaron a Irmsher en la Batalla de Lawndale 12, una incursión remota durante la Guerra de las especies que nunca se menciona en los libros de historia.

Irmsher era un muchachito recién salido de la escuela secundaria, joven y lleno de energía, de esos que no duran mucho en el Cuerpo de Marines del Dominio. A los 18, y con un futuro incierto, comenzó a vender teléfonos no reglamentados casa por casa para conseguir dinero para salir con chicas y pagar las cuentas. Un día golpeó la puerta del sargento Robert Maury, un reclutador de Marines del Dominio que no tenía ningún interés en los productos que vendía Irm. Tres días después, el joven estaba a bordo de una nave de transporte camino a Turaxis II, donde comenzaría su entrenamiento; en el viaje le llenaron la cabeza con historias de combates heroicos, viajes de descanso legendarios y la gloria de conseguir medallas. Pero pelear contra los zerg no era exactamente el camino excepcional del que le habían hablado. No había nada de glorioso en ver a esos monstruos aniquilar y despedazar hombres (aunque la mayoría de las veces eran solo muchachos), en ver cómo la sangre les salía de la boca a borbotones y les llenaba los cascos como una batidora de daiquiris macabra.

Por las noches, cuando todos los miembros del escuadrón Rho se acurrucaban en las entrañas húmedas de un cuartel improvisado, Irm les mostraba a sus compañeros una fotografía que tenía en uno de sus teléfonos ilegales y les decía que era "la chica que voy a ir a buscar apenas termine la guerra". Era una rubiecita muy linda de pelo enrulado peinado al estilo de la élite de Marlowe. Se llamaba Mary Lou. Irm la había conocido unos días antes de su encuentro con el sargento Maury.

—No te hagas ilusiones, muchacho. No vas a poder ni acercarte. Esa chica es de clase alta —solía decirle Birch, un marine más grande que él—. Lo que necesita es un semental como yo.

Irm y Mary Lou se habían conocido en uno de esos bares clandestinos que, en teoría, eran ilegales a menos que tuvieras dinero suficiente para ser el dueño o que conocieras a la persona indicada que te dejara entrar. Fue una noche intensa que Irm solo recordaba borrosamente, en flashes llenos de adrenalina: baile, risas, *Scotty Bolger's*... Dijo que se habían besado. Al menos eso era lo que él creía, y esperaba que fuera verdad. Esa noche consiguió sus datos de contacto y, de ahí en más, comenzaron a intercambiar los mensajes interplanetarios más caros del universo. A medida que las semanas transcurrían y él pasaba más tiempo en el frente de batalla con la muerte respirándole en la nuca, ella comenzó a convertirse, poco a poco, en algo más que una simple chica. Era una idea. La idea de un momento en el que él ya no tenía que pasarse los días dentro de una armadura pesada de CMC, amontonado con un grupo de marines más viejos que él que eran casi como hermanos y que le tomaban el pelo por cualquier frase inocente que le saliera de la boca mientras él soñaba con el día en que dejara de ser "el muchachito". La imagen de Mary Lou le recordaba la época en la que todavía no conocía el sonido de un enjambre de zergueznos en plena arremetida, ni lo que era tener la certeza de que lo único que había por delante era sangre, muerte y violencia. Ese tipo de experiencias cambia a un hombre para siempre.

—Ya verá —decía siempre con la sonrisa soñadora de los inocentes, mientras miraba la fotografía y se perdía en el mundo que le prometía—. Sí, sí. Ya verá, señor.

El día que los zergueznos se cargaron a Irmscher no había sido muy diferente de los demás días infinitos de la guerra. La mayoría consistían en una espera interminable. Los marines se la pasaban sentados y oyendo al viento ulular y desaparecer en un silencio gris, silencio que llevaba una promesa oscura en el vientre.

El escuadrón Rho tenía órdenes de mantener la posición y defender Lawndale 12, un relé de comunicaciones pequeño en la península meridional de Anselm. Una semana antes, habían cavado trincheras profundas alrededor del sistema de satélites y habían establecido refugios y dos tanques de asedio para vigilar el perímetro. Habían dispuesto una base para recibir información y enviarla a las flotas que se encontraban en lo profundo del sector. También habían construido un cuartel, pero el escuadrón Rho no pasaba mucho tiempo allí. Los valiosos segundos desperdiciados fuera del campo de batalla podían hacer la diferencia entre la vida y la muerte, y por eso las trincheras mugrientas se convirtieron en su hogar.

Nadie había pensado que los zerg atacarían Lawndale. En el gran marco de la guerra, su importancia estratégica era ínfima. Por eso, cuando la alarma desgarró el silencio y Virgil Caine, el sargento del escuadrón Rho, comenzó a ladrar órdenes, todos los marines se pusieron de pie rápidamente y se prepararon para lo peor. Pero lo que sucedió estuvo lejos de ser lo peor. Fue una misión suicida para los zergueznos. Nada tenía sentido. Las bestias eran muy pocas y estaban en desventaja. Aun así, los estúpidos alienígenas se lanzaron al ataque.

Antes de siquiera verlos, uno los oía a la distancia, ese zumbido inquietante, ese chirrido que penetraba los oídos.

—¿Qué hacen aquí? ¿Qué es lo que quieren?

Irmscher ya los veía: veinte zergueznos rabiosos le mostraban los dientes y avanzaban implacablemente sobre sus piernas poderosas, las garras preparadas, la boca llena de una espuma horrible. Parecían perros rabiosos y mutantes liberados por un amo cruel. Las preguntas de Irmscher nunca recibirían respuesta. El sonido de las púas hipersónicas llenó el vacío y ya no había más tiempo para pensar. Lo único que quedaba era actuar.

Los zergueznos estaban en clara desventaja numérica, pero eso no importaba; era como si una muerte terran valiera lo mismo que diez muertes zerg. El escuadrón Rho se dio cuenta enseguida de que la idea de cavar trincheras había sido un error. Varios zergueznos habían logrado arrastrarse hasta los estrechos confines y, dado el tamaño de las armaduras de CMC que usaban los marines, gran parte del escuadrón Rho quedó atrapado dentro de las trincheras junto con los monstruos. El fuego aliado caía como una tempestad y destruía los improvisados muros de tierra.

Irmscher gritó cuando los zergueznos lo atraparon. Una garra afilada como un cuchillo le atravesó el visor y se le ensartó en la clavícula y él no hizo más que aullar. Otra garra le abrió la armadura como si fuese de lata.

Cuando el último de esos hijos de puta había muerto, Irm todavía estaba vivo. Todavía se preguntaba por qué habrían atacado si no tenían posibilidades de sobrevivir. Se preguntaba por qué habrían venido para matar a unos pocos, para matarlo a él. Un estimpack le circulaba por las venas, el corazón le latía cada vez más lento, los dispositivos de seguridad de su traje de CMC trataban de cauterizarle las arterias destruidas y Birch lo mecía en sus brazos mientras el sargento Caine miraba. Antes de irse, Irmscher susurró:

—Mary Lou.

Virgil Caine gritó en la oscuridad. Durante la noche había empapado las sábanas en transpiración y se había deshecho de ellas a patadas pero ahora, con el cuerpo desnudo y destapado, tenía frío.

—¡Virgil! —dijo Rufi, mientras le aferraba el brazo y lo atraía a la suavidad de las almohadas y de sus labios—. Estas aquí, cariño. Estás conmigo.

Le acarició el hombro fornido con la punta de la nariz, su cabello rubio como seda contra esos músculos de piedra. Virgil respiraba con dificultad, casi jadeaba. Su pecho subía y bajaba, y el corazón le latía con fuerza.

—Mierda. Lo... lo siento, Ru... lo...

—Shhh. Basta, amor. Ya sé. Ya sé...

Después de un año de noviazgo, ella se había acostumbrado a las pesadillas, a los recuerdos. Cuando se comprometieron, ella también se comprometió a vivir con ellos. Se había acostumbrado a tener que despertarlo, a secarle las lágrimas que le bañaban la cara mientras observaba la tierna incongruencia de tener a su lado a un hombre de ese tamaño y con esa fuerza que lloraba cuando dormía. Era una más entre todas las cosas que la enamoraban de él.

—No puedo cr... Volvieron, mi amor. No puedo creer que hayan vuelto. Siempre lo supe, pero... tenía la esperanza, ¿sabes?

"Yo también", pensó ella.

—No vas a responder a ese llamado, Virgil. No tienes que volver. Ya te dije. Ya lo decidimos: papá se va a ocupar de todo. Empezaremos de nuevo. Nadie sabrá quién eres. Nadie tiene por qué saber dónde estuviste. Mañana por la noche, toda esta preocupación habrá desaparecido.

Virgil consideró esas palabras un momento antes de responder. Pensó en la posibilidad de no ser ese hombre que tuvo que enfrentarse a los zerg durante la Guerra de las especies, ese hombre que tuvo que resistir oleada tras oleada de zergueznos durante esos largos meses y, pese a todo, sobrevivió. No sabía

quién era sin esa parte de su vida, y pensar en descubrirlo le generaba un terror que nunca antes había sentido.

—Ya sé, Ru. Ya sé. Pero una parte de mí... Nunca fui de escaparme de las obligaciones.

—No te estás escapando. ¡Por dios! Mengsk te llevó al límite. Ahora tiene marines nuevos para encargarse de esto. ¿Qué mierda hizo por ti? ¿Qué hizo por nosotros? Tus cirugías las pagó papá, no el Dominio. Ya pagaste tu deuda, y lo sabes. ¿Cuántas veces estuviste a punto de morir, Virgil? ¿A cuántos amigos perdiste?

—Basta, no quiero hablar más de esto. —Pensaba en el informe de la UNN que había visto antes de irse a dormir. Pensaba en las imágenes de *ellos*: una horda que arrasaba con toda Tiria y aniquilaba a los soldados. Pensaba en los dientes, en las garras y en ese chirrido terrible y armónico que hacían cuando atacaban.

—No está bien que los vuelvan a llamar, Virgil. No. Ya estás fuera del ejército. No tienen derecho a llamarte otra vez porque hay una nueva amenaza. Ya estuviste ahí hace cuatro años. Que esta vez se encargue otra persona.

—Ya te dije que no iba a volver, Rufi... y pienso cumplir con mi palabra.

Se inclinó y le besó la frente como todas las noches antes de apagar las luces e irse a dormir. Atrajo su cuerpo diminuto hacia él. El calor y la suavidad de su piel se sentían muy bien. Cuando se separaron, ella recorrió con un dedo la cicatriz larga e irregular que empezaba en el cuello de Virgil y le llegaba hasta el ombligo, luego volvió hacia arriba hasta tocar el diente de zerguezo que llevaba colgado al cuello con una tira de cuero skalet.

—Odio esta porquería. Sabes perfectamente que odio que la uses cuando estamos en la cama. Me pincha... Quítatela.

Él sonrió.

—Está bien, me la quito. —Y lo hizo. Después dejó el colgante sobre la mesa de luz.

—Mañana vamos a... Todo esto quedará en el pasado. Además, yo también estoy sacrificando mucho, Virgil. Yo también tendré que empezar de nuevo. Dejar a mis amigos, a mi familia. A papá.

—Ya lo sé.

—¡Ahora duérmete, grandulón!

Ella se dio vuelta y Virgil se quedó mirando el ventilador de techo, que giraba continuamente y proyectaba sombras puntiagudas contra las paredes oscuras, iluminadas solo por la luz amarillenta de la luna que entraba por la ventana. Pensó en la nueva vida que Rufi le ofrecía. Una salvación de todo lo que había vivido. Se preguntaba si un hombre que había enfrentado a los zerg, que había perdido

amigos a manos de los zergueznos , y que los había mirado a los ojos oscuros e inexpresivos podría alguna vez eliminarlos de las profundidades más recónditas de su mente.

Los informes de la UNN eran espantosos, pero él no podía dejar de mirarlos. Había estado levantado desde la madrugada, pegado a la pantalla de video y bebiendo café quemado. Para cuando Rufi entró en la cocina, ya casi se había bebido una jarra entera.

—¿Por qué estás mirando eso, Virgil?

—¿No quieres saber lo que está pasando? Tenemos que saber si, efectivamente, podremos salir de este planeta. Estamos en guerra, linda.

En la pantalla se veían imágenes de la guerra. La destrucción de un crucero de batalla que se derrumbaba sobre un rascacielos mientras los mutaliscos lo sobrevolaban, se arremolinaban a su alrededor y le escupían proyectiles al casco, que estaba en llamas y echaba humo. En la parte inferior del monitor se leían mensajes. Ninguno de ellos era alentador; todos hablaban de cantidades abrumadoras de muertos, mundos asediados, heridos. Estábamos en guerra, de eso no había duda.

—Dios mío. —Rufi se cubrió la boca con las manos. Incluso a la mañana, con el pelo revuelto y el maquillaje corrido, Rufi era una criatura diminuta de una belleza atrapante—. Es horrible.

—De eso no hay dudas, cariño.

—Voy a llamar a papá ya mismo. Dijo que los documentos falsos iban a estar listos para hoy a la tarde.

—Tu padre se está arriesgando mucho. No es nada fácil conseguir un cargo público pomposo como el suyo.

—¿No te parece que su hija y su futuro yerno son una buena razón para tomar un riesgo así?

Virgil asintió y volvió a concentrarse en la pantalla. Un robot-cámara filmaba a un periodista que gritaba y corría por un callejón.

—¡Nooo! —Virgil los vio doblando la esquina y corriendo a toda velocidad en dirección al reportero y el robot-cámara. Los zergueznos eran infinitos: garras largas, filosas y protuberantes, caparazones que golpeaban contra los muros estrechos y esos ojos... muertos e insensibles. Más cerca. MÁS CERCA.

La transmisión de la escena se interrumpió abruptamente y Donny Vermillion, el presentador de noticias más conocido de la UNN, apareció en el estudio justo antes de que los zergueznos ocuparan toda la pantalla del robot-cámara. Estaba blanco como el papel y no lograba ocultar la repulsión que sentía por la brutal muerte que le había tocado a su colega.

—¿Está mu...?

—Sí. —Virgil la frenó sin titubear antes de que preguntase lo obvio—. ¿Vas a llamar a tu padre?

—S-s-sí... —respondió ella y se fue de la cocina.

Virgil tomó un sorbo de café, su mente volvía una y otra vez a la imagen de la masa compacta de zergueznos que se metía a la fuerza en el callejón. Le recordaba esas trincheras de años atrás. Exhaló con fuerza y dejó que todo el aire le saliera de los pulmones antes de cerrar los ojos. Estábamos en guerra.

Los zergueznos se cargaron a Albee en los cañones Sombralarga de Asteria durante uno de sus característicos atardeceres color azafrán.

Albee era un resocializado grande y lerdo, con esa sonrisa apacible característica de las personas a quienes les habían reemplazado y reciclado los recuerdos. Pero a nadie le importaba que lo fuera, ni a Virgil, ni a Birch, ni a Dave, ni al resto de los miembros del escuadrón Rho. Para ser un resocializado, Albee estaba bastante bien. Era un soldado tremendo y, además, no podía ser más suertudo. Como la mayoría de los resocializados, formaba parte de la vanguardia, que se enviaba hacia los enjambres zerg para resistir los primeros ataques. Durante sus cuatro años de servicio, primero en el Cuerpo Confederado y luego en el Cuerpo del Dominio, había visto más batallas que la mayoría de los soldados en toda una vida... y las había sobrevivido. De alguna manera, siempre lograba volver a salvo de la línea de fuego, el traje de CMC salpicado de fluidos y una sonrisa grande y torpe en la cara.

Durante el descanso, Albee hablaba de cómo había sido su infancia en las afueras de Halcyon, en el continente principal. Recordaba las hermosas colinas verdes cubiertas de pastos altos, el modo en que se extendían por lo que parecía ser una eternidad debajo de los cielos azules y las nubes de algodón. Hablaba sobre la camada de cachorros que lo seguía a todos lados moviendo la cola, y sobre lo mucho que le gustaban los lengüetazos cálidos y húmedos que le dejaban la cara áspera durante las tardes apacibles que pasaba acurrucado a la sombra de alguna higuera. Había sido una infancia idílica, y la extrañaba. Era su motivación para pelear: Albee quería que otros pudieran disfrutar momentos como los que él recordaba, quería que la humanidad sobreviviera a los zerg, a los protoss y a cualquier otro que se interpusiera en su camino.

De más está decir que esos recuerdos eran falsos, que se los habían implantado en una cámara de resocialización en Norris VI. Todos los miembros del escuadrón Rho lo sabían y habían oído esos mismos recuerdos falsos de otros resocializados. Sin embargo, ninguno de ellos se habría atrevido a decir nada malo sobre ese gigante gentil ni sobre sus ilusiones del pasado. En uno de los viajes de descanso y recuperación, se encontraban en el bar "La casa del gato" de Luna Bacchus cuando uno de los soldados del Escuadrón Alfa, que había bebido demasiados tragos umojanos, trató de hacerle entender a Albee que sus recuerdos eran falsos. Lo único que logró fue un puño de Virgil en el estómago, lo que llevó a una pelea de bar entre los marines. Virgil quería que, inventados o no, los recuerdos de Albee fuesen de

él: eran el único respiro que el bruto tenía de los horrores a los que se enfrentaba todos los días en el campo de batalla. Nadie los iba a cuestionar.

En las calles de Nephor II, Caine y Albee se encontraron con una mujer que, al ver al gigante resocializado, comenzó a gritar y a señalarlo con el dedo.

—¡El carnicero! ¡Dios mío! ¡Es el carnicero de Pridewater! ¡¿Aquí?! ¡Deténganlo! ¡Que alguien lo detenga!

Las autoridades locales se llevaron a la mujer inmediatamente. Ni Caine ni Albee tenían idea de qué había sido todo eso.

El incidente le carcomía la mente, así que unas semanas más tarde Caine comenzó a investigar al más afortunado de sus soldados de vanguardia. Fue entonces que Caine entendió por qué era importante que ciertos datos sobre los marines resocializados permanecieran ocultos. Albee, que hablaba de la alegría de los cachorros y de la belleza de las colinas que se extendían sin fin, también era conocido como "El carnicero de Pridewater" por una serie de asesinatos que habían tenido lugar a lo largo de diez años en los barrios pobres de la ciudad capital. Se sabía que torturaba a sus víctimas, que disfrutaba del sonido de sus gritos de dolor y que las mantenía con vida durante días. Las imágenes que acompañaban la información eran horribles, y Caine por fin entendió de dónde salía todo el salvajismo que tomaba posesión de Albee en el campo de batalla. Aun así, cada vez que Albee, con los ojos vidriosos de dicha, hablaba del pelaje suave de los cachorros, de esos dientes de bebé que le acariciaban los brazos y de esas narices húmedas que le ponían la piel de gallina, Caine solo podía pensar en lo exitoso que era el programa de resocialización: tanto que lograba redimir hasta la peor escoria de la sociedad.

Cuando los zergueznos se lo cargaron, Albee estaba enterrado hasta las rodillas en un talo espeso y de color púrpura. El escuadrón Rho había marchado hacia los cañones Sombralarga con un contingente de camazotes y contaba con el apoyo de los tanques de asedio y de los goliats. Habían ido para "hacer limpieza", como decía Caine. Gracias a la operación, la infestación zerg había retrocedido hacia un colmenar ubicado en las profundidades de los cañones. Los zerg no dejarían de atacar mientras existiera una colmena en Asteria. El golpe había sido un éxito descomunal. Los cuerpos achicharrados de los hidraliscos se hundían en el talo y los estanques de engendración rebosaban de cadáveres de larvas. Los larvarios y demás estructuras habían sucumbido y ahora no eran más que charcos de bioplasma.

El sonido ensordecedor de los tanques de asedio al disparar hacía que el traje de CMC de Albee retumbara. Como de costumbre, Albee estaba en la vanguardia, adentrándose en lo más profundo del colmenar. No parecía que quedaran muchos zerg vivos, la mayoría había caído gracias a la lluvia de balas de los cañones automáticos de los goliats. Albee creía que no había mucho de qué preocuparse cuando bajó su rifle gauss para observar la masacre que habían provocado él y sus soldados. Era un paisaje glorioso para un terran. Las entidades vivientes que momentos antes habían sido estructuras zerg ahora estaban despedazadas, desparramadas una arriba de la otra, con las venas aún palpitantes que, a cada latido, rociaban el terreno con miasma coagulada. Eso era la victoria. Albee se sintió orgulloso.

Los zergueznos salieron inesperadamente de un estanque de engendración cercano en medio de una cacofonía de gritos rabiosos que nadie escuchó. Albee no los vio; nadie los vio. La luz dorada de los famosos atardeceres del cañón había teñido todo de sepia, y las sombras largas, tristemente célebres, se proyectaban como franjas oscuras sobre el talo. El momento tocó el lado sensible del soldado afortunado. Fue como si las partículas de tierra que bailaban en la luz le hubieran recordado las hojas primaverales que danzaban en la brisa campestre de su juventud falsa.

Cuando cayó de cara al talo, no tenía idea de qué le había pasado. Los zergueznos se abalanzaron sobre él, lo pincharon, cortaron, rasgaron y despedazaron, como animales salvajes que van a alimentarse y pelean por conseguir un buen lugar, se regocijan con saber que todos los miembros de la manada lograron enterrar sus garras en el revoltijo que tienen debajo.

Cuando terminó la batalla, no habían quedado ni rastros del Carnicero de Pridewater. Era poco más que una mancha de Rorschach sobre el talo violeta, nada más que un recuerdo grabado a fuego en la mente de aquellos que habían luchado a su lado.

—Podrías cultivar la tierra. Shiloh tiene programas de agricultura muy buenos —dijo Rufi, mientras metía una blusa de color lavanda en su bolso de lona.

—¿Ahora vamos a ser granjeros?

—¿Por qué no? —Tenía una risa musical—. Suena lindo, una vida tranquila, ¿no te parece?

Virgil se acercó al guardarropa y tomó una camisa de los estantes. Rufi todavía esperaba una respuesta. Sacó la percha de la camisa por la parte del cuello, tiró la percha a un costado y puso la camisa en su maleta.

—¿Y?

En la cara de Virgil comenzó a dibujarse esa sonrisa encantadora que, a pesar de las cicatrices y el comportamiento estoico, ella había encontrado irresistible desde el primer día.

—Cultivar me parece bien... Es un trabajo honrado. ¿Quieres ser la mujercita de este granjero?

—Sabes perfectamente que sí. Piensa en esto, Virgil: aire libre, cultivar nuestra propia comida. Nuestros hijos... si es que tenemos, claro... bueno, nuestros hijos van a poder crecer rodeados de aire puro y tener toda esa tierra.

—¿Crees que los créditos que tenemos nos van a alcanzar para comprar un lote de tierra?

—En Shiloh todo es barato.

—Eso, seguro. Por qué será, ¿no? —No era una pregunta; era una declaración.

La sonrisa radiante de Rufi se convirtió en un gesto de bronca.

—¿Por qué dices eso? Estoy... lo estoy intentando, Virgil. Con todas mis fuerzas.

Virgil se le acercó y la trajo hacia él. Ella intentó soltarse, pero él la volvió a sujetar firmemente y con rapidez.

—Escucha, preciosa. Seremos un matrimonio de granjeros y tendremos esos hijos de los que tanto hablas, viviremos una vida simple, sabremos el nombre de todos nuestros vecinos y...

—¿Y no hablaremos nunca más sobre los zergueznos... ni sobre el escuadrón Rho?

Él la apretó con fuerza.

—¿Por qué justamente tú tienes que decir cosas como esa? Los marines siempre van a ser parte de mi vida, Ru.

A pesar de la gran intimidad que habían llegado a tener en el último año, siempre iba a haber una brecha entre los dos. Era imposible que ella comprendiera lo que él había vivido.

—Eso no significa que tengas que dejar que manejen tu vida —dijo ella.

—No los dejo.

Ella lo miró a los ojos. La sonrisa volvió a llenarle la cara como el helio llena un globo.

—Voy a ser la esposa de un granjero.

Él le dio un beso suave.

—Agradezco la oportunidad de empezar de nuevo. De verdad.

—¡Uy! Me tengo que ir. Ya deben estar listas las identificaciones. Y usted, señor, tiene que limpiar ese guardarropa y estar preparado para cuando yo vuelva.

Virgil la dejó ir y caminó hacia el guardarropa. Encendió la luz y se arrodilló. Levantó una pila de camisas. Debajo, había un pequeño baúl.

—No puedes llevar eso, Virg.

—Ya sé.

—También tienes que deshacerte de lo que hay adentro. No puede haber ninguna prueba de nuestro pasado. Ya escuchaste a papá.

—Ya sé.

—Yo sé que no es fácil.

—No, nada fácil.

Cuando ella se fue, él se dio vuelta y abrió el baúl. El olor a moho y humedad que había adentro le trajo de pronto miles de recuerdos. Hacía años que no lo abría. Había medallas de las cuales se había sentido muy orgulloso y que ahora solo servían para juntar polvo; un cigarrillo seco; una púa hipersónica; uno de los teléfonos ilegales de Irmscher. Entonces tocó algo pegajoso. Su primera reacción fue sacar la mano enseguida. *¡Talo!* Obviamente, no era talo. De a poco fue recordando.

—Dave. —El nombre le salió de la boca como una exhalación entrecortada mientras extraía lo que había encontrado. Era un pedazo de cera azul a medio usar; cera para tablas de propulsión. Virgil se la acercó a la nariz y la olió. El olor intenso a nueces lo llevó al momento del que había estado tratando de escapar.

Los zergueznos se cargaron a Dave en su propia cama, después de una noche de póquer y borrachera. A veces, las cosas se daban así.

Dave Marea Brava venía de la Isla Santori, en Miranar. Era miembro de los Seis Gritones, un club de surfistas a propulsión famosos por montar las olas descomunales que pulverizaban las costas de Santori. Eran las mismas olas responsables de la energía hidroeléctrica que alimentaba las ciudades de todo ese mundo. Según los científicos, las olas eran de ese tamaño debido a la fuerza de gravedad triple que había en Miranar gracias a sus tres lunas, un milagro de la naturaleza. La posibilidad de que ocurriera lo mismo en otra parte de la galaxia era ínfima.

Los Seis Gritones eran conocidos por seguir las condiciones meteorológicas estacionales inconstantes del planeta y por acudir en manada al continente insular durante el invierno, momento en el que esas condiciones se fusionaban. En esa época del año, las olas eran gigantescas: picos oceánicos oscuros de 30 a 60 metros que salían a la superficie desde las profundidades como presagios siniestros. Las vapuleadas ciudades costeras se llenaban de surfistas de propulsión provenientes de todo el sistema, sus hospitales y morgues llenos con los cuerpos de los novatos. Fue por uno de esos novatos que Dave se unió al Cuerpo de Marines.

—Si no hubiese sido por esos vagos de mierda, yo no estaría aquí con todos ustedes, maricones —solía decirle a Virgil, a Birch o a cualquiera del escuadrón Rho que estuviese cerca para oírlo—. Tienen suerte de que tenga este carácter podrido.

Los Marines del Dominio reclutaban mucho en los sistemas penitenciarios del sector, y fue allí que encontraron a Dave, que efectivamente tenía un carácter podrido. En "El Método", un bar submarino de moda ubicado 6 kilómetros bajo el nivel del mar, uno de los puntos de encuentro más concurridos por los surfistas de todo el planeta, Dave Marea Brava se había encontrado con unos turistas que se estaban pasando de listos con una de las chicas locales.

—Me convertí en un príncipe azul, *man...* Me acerqué a esos tipos y les mostré lo que pasa cuando te metes con un santoriano.

Y eso fue exactamente lo que hizo, aunque las cosas se complicaron y Dave perdió el control. Un par de botellas rotas después, el bar estaba cubierto de sangre. Tuvieron que llamar a una unidad médica para llevarse a todos los heridos desastrosos que él había dejado. En esa época, Dave era un muchacho flaco y desalineado, fanático del surf de propulsión y lleno de rastas y tatuajes brillantes: lo que los reclusos de la prisión del Dominio llamaban "carne fresca". Después de la sentencia, un reclutador del Dominio, impresionado con ese temperamento capaz de mandar a tantos hombres al hospital, le hizo una oferta: 10 años de servicio leal al emperador Mengsk o 40 de trabajos forzados en la prisión. La respuesta de Dave fue:

—¿Me tengo que cortar las rastas?

A pesar de que no le gustó nada, las rastas tuvieron que desaparecer, y Dave empezó con su entrenamiento. Unos cuantos tratamientos con esteroides y estimpacks después, Dave ya estaba listo para el frente de batalla de la Guerra de las especies, 25 kilos de músculo más pesado y hecho todo un jugador de póquer, de los mejores del escuadrón Rho. Los ex criminales no tenían viajes de descanso y recuperación, así que los únicos respiros de Dave eran las apuestas y el *Scotty Bolger's*.

Dave extrañaba los días que solía pasar en el mar. Extrañaba cortar la cara de una ola gris del tamaño de un edificio, mientras los propulsores de iones de la tabla lo impulsaban cada vez más alto y sus rastas, esas rastas que tanto extrañaba, se movían a la par del viento. Para compensar aunque sea mínimamente esa falta, Dave guardaba en su armario una barra de cera para tablas *Mr. Snorggs*, y la olía en los ratos de descanso sin prestar atención a lo que le decían Virgil o Birch ni ninguno de los demás. Él sabía que, en diez años, si lograba aguantar, sobrevivir, el tiempo pasaría volando, y estaría de nuevo esculpiendo las olas invernales de Santori.

Los zergueznos se cargaron a Dave en el cuartel después de que una torre detectora dejó de funcionar y permitió que una manada de monstruos ingresara en la base establecida en Seti. Dave estaba tan borracho que no se despertó cuando sonaron las alarmas internas y se empezaron a oír los disparos de las púas sónicas. No se despertó cuando los alienígenas destrozaron las compuertas de seguridad y se abalanzaron hacia el cuartel. No se despertó en ningún momento, no hasta que uno de los zergueznos le saltó encima y la cama empezó a sacudirse con su estruendoso peso.

Cuando se despertó estaba en un estado de delirio, tenía frente a él a la encarnación de la muerte: un zergueznos con sonrisa de gato de Cheshire que lo forzaba a abrir la boca. Se despertó a tiempo para sentir el dolor de las garras que se le enterraban una y otra y otra vez, los intestinos le salían a montones del estómago, casi idénticos a esas rastas que se había cortado hacía tanto tiempo.

Virgil y Birch lograron dispararle al zergueznos cuando todavía estaba encima de Dave. Tal vez eso les daría algo de consuelo.

Virgil miró las dos valijitas que eran el total de todo lo que iba a llevarse para comenzar su nueva vida como granjero, padre o ambas cosas. Todas sus otras pertenencias habían desaparecido. Se encontraba solo en su apartamento y el silencio era ensordecedor. Cada vez que cerraba los ojos, lo único que veía era imágenes de zergueznos, de hidraliscos y mutaliscos, imágenes de las noticias que hablaban de muerte y masacre. Pero más que nada de zergueznos, porque era eso lo que uno siempre veía primero, y en mayor cantidad.

Cuando ella entró por la puerta principal, él se sobresaltó y abrió los ojos. Por la cara de Ru corrían lágrimas que parecían largas venas transparentes. Ella se limpió la nariz con la manga de la camisa. Virgil la vio hermosa.

—Ru, ¿estás bien?

—Es difícil despedirse... Solo eso... Es difícil. —Él se levantó y la abrazó y ella respondió con una sonrisa—. Papá dijo que iba a intentar visitarnos cuando las cosas se calmaran un poco. Tal vez dentro de un año o dos. Cree que puede ir con una identificación falsa. Nos... nos volveremos a ver.

—¿Tienes las identificaciones?

Se alejó un poco de él, asintió con la cabeza y comenzó a revolver su bolso. Sacó dos identificaciones holográficas digitales, de las que se habían puesto de moda en Shiloh, y le dio una a él. Virgil presionó el botoncito y de la fina tarjeta salió una proyección holográfica. Era su cara, obviamente, pero el nombre y los datos eran diferentes. Su cabeza holográfica giraba en tres dimensiones para mostrarla en todos sus ángulos y, al mismo tiempo, pasaban junto a su cara párrafos con información personal. Ruff observaba la reacción de Virgil a través de la imagen, los dientes clavados en el labio inferior, sin saber cómo reaccionaría.

—¿Derek Dayton? —dijo él, finalmente—. Es un nombre de personaje de video de superhéroes.

—Bueno, yo soy Jossie Thomas... Bastante espantoso... y de todo lo que tenía para elegir, decidí estudiar ciencias bioplasmáticas. —Presionó el botón de su identificación y apareció una imagen holográfica de su cara—. Mi transbordador sale en una hora. El tuyo en dos. Papá lo arregló así para que nadie sospechara. Dijo que era mejor que nadie pensara que nos conocemos desde antes del colapso planetario. Dijo que nos tendríamos que encontrar allí... tal vez en el puerto estelar... y hacer de cuenta que es la primera vez que nos vemos.

—Me imagino que a partir de ahora va a haber mucho de eso, ¿no? "Hacer de cuenta", digo.

—Me imagino que sí... Me tengo que ir, Virgil... —Su risa melódica regresó—. Digo, Derek.

—Ven aquí, Jossie. —Le besó la frente, como siempre—. Sabes que te amo, ¿no?

—Lo sé. —Y ella le besó los labios. Fue un beso largo y lento, pero lo más importante de todo era que los cuerpos de ambos casi se fusionaban. Lo más importante era la cercanía. Finalmente, luego de lo que

pareció una eternidad, ella lo soltó—. Tu transbordador es el 3801. ¡No llegues tarde! Con la amenaza zerg, hay todavía más seguridad.

—¿Qué voy a hacer sin ti? —Sonrió Virgil.

—No tengo idea. —Se ríó Ru—. Nos vemos allí.

Y se fue... el pequeño apartamento, su antigua vida, quedaron atrás para siempre.

Virgil volvió a sentarse y no hizo nada. Se quedó una hora mirando la pared sucia con la mente en blanco por primera vez en años. Cuando pasó la hora, se levantó, tomó las maletas y caminó hacia la puerta. Pero algo lo detuvo. Faltaba algo. Dejó las maletas en el suelo. Volvió a mirar el apartamento. Estaba tan vacío ahora. El color que había surgido de la superposición de su vida y la de Ru ya no estaba. Era un lugar vacío y gris, un páramo de lo que alguna vez había sido.

Antes de irse, decidió que lo mejor era revisar todo el lugar una vez más para corroborar que no estaba olvidándose de nada.

Apenas entró en la habitación, lo vio. Estaba allí, sobre la mesa de luz: el diente de zerguezno. Lo tomó y le pasó un dedo por el borde serrado. Todavía estaba tan afilado que ni siquiera se dio cuenta de que se había cortado el dedo. Recién cuando vio la sangre que le corría por el brazo percibió el corte diminuto.

Los zergueznos se cargaron a Birch cuando atacaron la base terran de Urona Sigma. Las naves de evacuación volvieron a llegar tarde, aparentemente se les había vuelto costumbre.

Birch había sido un demoleador estrella en la escuela secundaria de Shiloh, un tipo con la cabeza tan llena de grasa de motor que no podía pensar en otra cosa. La demolición era un deporte particularmente brutal, de esos que los padres siempre intentan sacar del currículo escolar, aunque inútilmente. Al igual que los conductores de los derbis de demolición de Tierra Antigua, los jinetes demoleadores construían sus vehículos y los usaban para "noquear" a sus adversarios. Se competía al estilo del "rey de la colina", a 190 kilómetros por hora pero sin colina; simplemente sobre grava rocosa e inestable. El auto que "noqueaba" a más adversarios (y que todavía funcionaba) era el ganador. Todos los años, una enorme cantidad de muchachos (y, esporádicamente, alguna muchachita) terminaban hospitalizados con quemaduras graves, quebraduras y moretones. Unos cuantos terminaban muertos. Birch era el mejor. Sin duda alguna. El deporte era su vida. Cuando no estaba en la escuela, se pasaba las horas con la grasa hasta los codos, metiéndole mano al motor de algún auto, el que estuviera preparando en ese momento, y con la cabeza en la próxima pelea. En la escuela secundaria tenía dos récords: el de más nocauts y el de nunca haber sufrido heridas que necesitaran hospitalización. Durante un tiempo, fue una leyenda local.

Cuando se graduó, llegó la depresión. Se había quedado sin la fama, el orgullo y la adrenalina semanal de sus épocas de estudiante. Nunca había tenido muy buenas notas, así que comenzó a trabajar de lo

único que sabía hacer y se convirtió en mecánico. Después de dos años de reparar y modificar autos, transportes y motos buitre, todas las porristas que recordaban sus días de gloria se habían ido a vivir a otros mundos en busca de otros tipos de vida. Durante el receso escolar, Birch volvía a su antiguo campo de práctica pero la nueva generación de amantes de los autos se mostraba cada vez menos entusiasmada con sus visitas, pensaban que los récords de Birch eran fáciles de superar. Poco a poco, la fama que había conseguido en su pequeña ciudad se había convertido en un recuerdo borroso.

Las ligas de demolición clandestinas estaban manejadas por mafiosos. Todo el mundo lo sabía. Todos sabían que trabajar para ellos significaba meterse en partidas arregladas, perder dinero y terminar sin honor. Por mucho que extrañara la adrenalina, el rugido de los motores, la vibración y la incomodidad de los asientos baratos que usaba y los latidos acelerados de su corazón cuando el mundo se desvanecía y él estaba a punto de desmayarse mientras aceleraba cada vez más en dirección a su oponente, Birch no estaba dispuesto a dejar su récord librado a los caprichos de un jefe mafioso que, en algún momento, le pediría que se dejara perder para ganar una apuesta. Birch se sentía orgulloso de lo que sabía hacer y no podía ni imaginarse traicionar su pasión.

Pero realmente extrañaba la adrenalina. Extrañaba la acción, el no saber si de un momento a otro se iría todo a la mierda, el depender exclusivamente de su concentración para impedirlo. Esa concentración en medio de tanta furia era lo que lo había mantenido con vida. Sin eso, se había comenzado a sentir muerto, redundante, como si hubiera dejado de ser él. Lo que lo atrajo fue un anuncio holográfico del Cuerpo de Marines del Dominio. Lo que hizo que la idea de dejar Shiloh y unirse al Cuerpo de Marines dejara de ser una idea para convertirse en una opción viable fue la voz inspiradora del emperador Mengsk y las imágenes de marines cubiertos de neoacero que disparaban rifles gauss pesados. Una amenaza acechaba el universo, y tal vez él podría combatirla.

Un par de días más tarde estaba en el campo de entrenamiento de Turaxis II. Dada su experiencia, al principio había pensado que lo iban a enlistar como piloto de tanques o de buitres, pero el Cuerpo ya tenía muchos pilotos. Lo que hacía falta eran marines que fueran a la vanguardia, tipos duros, gente prescindible.

Virgil Caine y Birch se entendieron de inmediato. Caine consiguió un compañero leal que lo ayudaba a ejecutar sus órdenes, y Birch consiguió un verdadero amigo por primera vez desde sus días como rey de las pistas de demolición. Solían quedarse hablando hasta tarde y mientras tomaban botellas de *Scotty Bolger's*, se contaban cosas de esas que solo se confiesan los compañeros de armas. Caine se sinceró con el soldado más joven. Le contó que creía que nunca iba a encontrar una mujer que lo amara, que su vida estaba demasiado ligada al Cuerpo de marines, y las mujeres son muy intuitivas y se dan cuenta de ese tipo de cosas. Birch hizo todo lo posible por refutar la idea, pero los dos sabían que tenía algo de verdad. Birch le contó a Caine que creía que nunca más iba a experimentar la sensación de realización que había sentido en la escuela secundaria, y que la sola idea lo aterrorizaba.

Cuando los zergueznos se cargaron a Birch, la base ya estaba destruida y la mayoría de las estructuras que todavía quedaban en pie estaban en llamas, bombardeadas por los mutaliscos que surcaban los cielos. Virgil y Birch corrían hacia el punto de encuentro lo más rápido que podían en esos trajes CMC. El

centro de mando había dicho que las naves de evacuación ya estaban listas para sacar a todos de ahí. El centro de mando solía decir muchas cosas.

—¿Dónde mierda está la nave de evacuación?! —gritó Virgil por el comunicador, justo cuando una bomba de concusión rajó el suelo cerca de él.

—No responde nadie —dijo Birch, se dio vuelta y comenzó a disparar a ciegas—. Dios mío —susurró sorprendido.

En todo el universo no había nada más aterrador para un hombre que ver un complejo arrasado por una horda de zergueznos. Había cientos de ellos, saltaban y corrían, desgarraban soldados, destrozaban edificaciones. Eran una legión imparable. Un mar biológico de color marrón y púrpura lleno de garras, colmillos y dientes. Un enjambre de monstruos de ojos muertos.

Birch continuaba disparando.

—¡Alto el fuego! —insistió Virgil—. Siga moviéndose, soldado. Lo único que vas a conseguir es que nos vean... Esta batalla está perdida. ¡Vamos, vamos, vamos!

—Mierda, sargento, quiero matar a estos hijos de puta.

—¡Sigue moviéndote!

—¿Para qué? Las naves de evacuación nos dejaron, Virg. No hay nada en el horizonte. Esta es nuestra última batalla.

—Es una orden, Birch... Olvídate de toda esa mierda. Hazlo por mí, por tu amigo, ¡no por el rango! —Virgil no necesitó decir una palabra más. Birch dejó de disparar y empezó a correr sin pensarlo dos veces.

Momentos después, aparecieron en el horizonte dos naves de evacuación para traerles un rayo rojo de esperanza.

—Ahí vienen... ahí vienen.

—¡Muévete!

No pasó demasiado tiempo hasta que uno de los mutaliscos detectó la ayuda que venía en camino y empezó a seguir a los vehículos terran. Las dos naves se dividieron: una trató de llamar la atención del mutalisco para que se olvidara de la otra y tratar de perderlo en la persecución. El mutalisco le siguió el juego y la otra nave se dirigió al punto de reunión donde Virgil y Birch agitaban los brazos.

La puerta de la nave de evacuación se abrió y, desde adentro, se oyó una voz femenina que gritó: — ¡Ajústense los cinturones, muchachos!

Justo cuando los dos soldados estaban por subir a la nave, se oyó un chillido aterrador en el cielo. Pero no era un zerg, era el sonido de la otra nave de evacuación que caía en dirección a ellos, en llamas y echando humo para todas partes. Sin un segundo para pensarlo, la nave de evacuación que había estado a punto de rescatar a los soldados despegó para tratar de escapar de la explosión inevitable. Virgil y Birch tuvieron que correr a buscar refugio.

¡BUUUUUUM!

La nave de evacuación golpeó el suelo, y sacudió la tierra. Las llamas se extendían por la superficie y serpenteaban sobre el punto de reunión. En el cielo, la nave de transporte que quedaba comenzó a volver, buscaba el mejor ángulo para poder rescatar a Virgil y a Birch.

Fue en ese momento que lo oyeron: ese sonido aterrador, ese chirrido horrible amplificado por el número. Cien, o tal vez quinientos, zergueznos corrían hacia ellos.

—Corra, sarg... ¡Mierda! ¡Corre, Virg!

—¡Birch, sígueme! Es una orden.

Pero Birch no obedeció. En lugar de seguirlo, se dio vuelta y enfrentó a la masa. Apretó el gatillo lo más fuerte y rápido que pudo hasta que, como una ola colosal que rompe en la costa, la horda lo golpeó tan fuerte que cayó al suelo, los zergueznos lo arrollaron y Birch desapareció como si nunca hubiese estado allí. Algunos se detuvieron para despedazarlo, mientras que otros se concentraron en Virgil, que todavía corría hacia la nave de evacuación que lo estaba esperando.

—¡Rápido, marine, rápido! ¡No mire atrás! —gritó la piloto de la nave.

Virgil se concentró en correr a pesar de que todas las fibras de su cuerpo lo incitaban a mirar hacia atrás para poder ver a su amigo por última vez, para poder ver si todavía estaba vivo. Sabía que era imposible, pero no perdía las esperanzas. Finalmente llegó hasta la nave de transporte y se metió de un salto.

¡Pero no estaba solo! Un zergueznos pegó un salto mientras la nave estaba despegando, se trepó a la baranda y consiguió entrar cuando se estaba cerrando la escotilla.

—*¡Dispare!* Esa cosa se está metiendo. —La piloto estaba aterrada. Estaba haciendo todo lo posible para sacar a la nave de la zona de fuego y, sin embargo, lo que más la asustaba era el hecho de tener un zerg vivo tan cerca. Los zergueznos son aterradoros si se los mira desde arriba, pero tenerlos tan cerca es como estar en medio de una pesadilla.

Virgil apoyó la espalda contra la pared metálica de la nave. El zergueznos había logrado entrar y, con las garras extendidas y una velocidad asombrosa, se abalanzó sobre Virgil.

A una distancia tan corta, las púas sónicas del rifle de Virgil convirtieron a la cabeza del zergueznos en una masa de carne desarticulada, apenas un amasijo de dientes y sangre. Pero eso no lo detuvo. La criatura siguió abalanzándose sobre Virgil y logró introducir las garras en el pecho del soldado. Le partió

la armadura de CMC y llegó a rasgarle la carne. Virgil gritó y dejó caer el arma. El zerguezno estaba a punto de morir, pero todavía le quedaba consciencia suficiente para un último golpe desesperado de esas garras.

Fue en ese momento que Virgil se esmeró por luchar contra la oscuridad que le desgarraba la conciencia a causa de toda la sangre que había perdido. Mientras la garra surcaba el aire para clavársele otra vez en el cuerpo, Virgil le dio un puñetazo al zerguezno en lo que le quedaba de cara; le rompió los dientes y lo empujó hacia atrás. Con toda la fuerza de voluntad de la que era capaz, Virgil se tiró encima del alienígena y lo golpeó una y otra vez con todo el poder automático que le daba su traje de CMC, una y otra vez hasta que la criatura dejó de moverse. Entonces Virgil se dejó caer a su lado y el mundo empezó a teñirse de negro.

Lo último que recordaba haber visto antes de despertarse en el hospital era un diente de zerguezno roto que él aferraba en una mano.

Birch estaba muerto. El escuadrón Rho había sido destruido durante el ataque a la base. Virgil era el único sobreviviente.

Luego de vendarse la mano, Virgil se puso el diente alrededor del cuello y caminó hasta la puerta principal. Sabía que tendría que haberlo dejado, que ningún granjero que fuese a Shiloh tendría un diente de zerguezno de collar, pero era algo que él no podía tirar. Se aseguró de que el colgante le quedara debajo de la camisa para que nadie lo viera. Pero él sabía que estaba ahí.

Las calles estaban llenas de ciudadanos aterrados que corrían de un lado para el otro. Un reportero holográfico, ubicado a 20 metros de altura, relataba los eventos que se estaban suscitando en todo el sistema. Los gráficos mostraban el ataque interplanetario del Enjambre que se propagaba de un mundo a otro. Virgil intentó no mirar, intentó con todas sus fuerzas mantener la mirada hacia adelante, concentrarse.

Cuando dio vuelta la esquina, vio a un grupo de hombres y mujeres amontonados alrededor de un oficial de reclutamiento del Dominio. Se habían formado dos filas. Una decía RECLUTAS NUEVOS; la otra, SOLDADOS RECONVOCADOS. El universo estaba en guerra, y los soldados se estaban inscribiendo para luchar.

Virgil trató de apresurar la marcha; intentó no mirar a los hombres y mujeres que estaban inscribiéndose nuevamente para cumplir con su deber.

Llegó hasta la estación de transportadores y se sentó en un banco a esperar el próximo autobús que lo llevaría al puerto estelar Kurtz. La pantalla mostraba que estaba cerca. Faltaba muy poco.

En la vereda de enfrente se veía una transmisión de la UNN en un monitor. Virgil veía al emperador Mengsk subido a un podio junto al general Campoguerra, una leyenda del ejército. En la parte inferior de la pantalla se veían mensajes con las últimas noticias. El número de cuerpos seguía aumentando.

Sentado en silencio, Virgil estaba seguro de que había oído el chirrido. Podría haber jurado que oyó el aullido agudo de un zerguezn y una lluvia de balas que terminó fundiéndose con el sonido de una explosión. Cerró los ojos y lo único que veía era el movimiento desenfrenado de cientos de zergueznos corriendo en dirección a él como aquellos que se habían cargado a Birch, a Dave, a Irmscher y a tantos otros compañeros de armas. Se lo había imaginado todo. Iba a ser siempre así. Era imposible escapar. Abrió los ojos: ahora lo sabía.

Desde la esquina vino un chillido, y con él apareció el transportador, que flotaba a un metro del suelo. La oleada de calor de los motores golpeó a Virgil en la cara. Miró hacia arriba. El conductor abrió la puerta para dejarlo entrar. Virgil se quedó sentado, escuchando el ronroneo del motor del autobús. Le recordó al sonido que hacían los buitres cuando se dirigían a la zona de combate.

—Eh, amigo, ¿te vas a quedar ahí sentado todo el día o vas a subir?

Virgil se quedó mirando al hombre por un momento largo. Finalmente se paró y dijo:

—No, señor... lo siento. Estaba... estaba descansando las piernas.

—Bah, ¡vete a la mierda entonces! Descansa tus putas piernas en un banco que no sea el de una estación. ¡Idiota! —Y con eso, el conductor se alejó del lugar.

Virgil volvió sobre sus pasos.

Cuando se encontraba cerca del oficial de reclutamiento del Dominio, Virgil se detuvo cerca de un contenedor de basura y sacó su identificación digital del bolsillo. Era la llave para una vida diferente, una vida alejada de los zergueznos y de la guerra. Por un momento, le vinieron a la cabeza imágenes de Rufi y él. Estaban cultivando la tierra de Shiloh, unos niños hermosos corrían detrás de ellos y reían, su risa tenía la misma música que la de su madre. Eran proyecciones de una vida que podría haber sido, una vida imposible para un sargento de marines con una guerra encima.

Tiró la identificación falsa en el cesto de basura, buscó su collar debajo de la camisa, levantó el diente de zerguezn serrado y se lo dejó sobre el pecho con orgullo para que todo el mundo lo viera: era una medalla de honor; su medalla favorita.

Momentos después, Virgil hacía fila en el edificio de reclutamiento del Dominio con el resto de los antiguos marines que habían estado cara a cara con los zerg. Esos hombres entendían lo que él había visto, lo que había vivido, y sabían que Virgil nunca sería como las demás personas que no habían vivido lo mismo.

Fin

